

cuales sólo hay alumnos «irregulares», sino para sentirnos obligados a colmar deficiencias y contrarrestar influjos a fuerza de amor; pero no de amor natural, que entonces sería extraviado o monstruoso, sino de amor sobrenatural, que se inclina hacia el débil, en cualquier aspecto, a fin de elevarlo a más altos niveles por amor de Dios.

Cuando obramos así, cuando así aceptamos y acogemos, quedan ya un poco atrás las exigencias de la justicia, que manda «dar a cada uno lo suyo». Pues ¿qué es «lo suyo» de cada niño? ¿Qué es lo que debemos, en estricta justicia, al maligno, al sucio, al indisciplinado? Una pedagogía consuetudinaria que acuñó el bárbaro aforismo «la letra con sangre entra», y una sociología inconsciente, pero activa, que ha convertido en principio rector de la convivencia el «garrotazo y tente tieso» tienen pronta una respuesta consabida a tal interrogante.

Pero aludimos ahora a realidades distantes de ese panorama, tan habitual en muchas ocasiones, por desventura. Lo suyo de esos «niños-problema», tan traídos y llevados por una óptica pedagógica lindante con la neurosis, es la clínica de conducta; pero también, y antes, en y después de eso: el amor, la aceptación, el «sí» rotundo que el Maestro pronuncia ante la esencia más honda del rebelde y del astroso, más cerca de Dios de lo que suele pensar una disciplina ahita de preceptos reglamentarios, que extraen su rigor de un allicorto «suum cuique».

Metodología y organización

SOBRE LA "JORNADA" DEL NIÑO

La irreparable pérdida del Profesor Puig Adam, inesperadamente sobrevenida, sorprendió en fase de composición este original—tan interesante como todos los suyos—que va a ser publicado a título póstumo. VIDA ESCOLAR, que se ha honrado contando como colaborador a tan ilustre pedagogo y matemático, quisiera que la publicación de este trabajo sirviera como sincero homenaje a quien, aunando las cualidades de científico y de educador, sintió vivamente las preocupaciones metodológicas y fue avanzado paladín de inquietudes pedagógicas en un ambiente y en una época en que no todos los docentes comprendían el valor que, en el ejercicio de la enseñanza, tiene el adecuado enfoque didáctico de los contenidos instructivos.

Con frecuencia aparecen en la prensa diaria artículos y campañas en defensa de una jornada escolar, cuyo respeto debiera imponerse a padres y educadores, como se respeta la jornada de trabajo del obrero. Laudable campaña tendiente a combatir la hipertrofia de programas y materias y la consiguiente fatiga del niño en la peligrosa etapa de su crecimiento y desarrollo integral. El problema ha trascendido ya hace tiempo a la esfera oficial, y se han dictado incluso normas prohibiendo la imposición de los tan odiosos “deberes” en los cursos oficiales del bachillerato.

Bien está recordar que en un primer plano de la educación debe figurar el cuidado de la salud del niño; pero estimo que el problema se desenfoca y empequeñece en la forma en que se suele presentar. La actividad del obrero en un taller, de un empleado en una oficina, no son comparables a la del niño en la escuela; no deben serlo. Y el más lamentable juicio que cabe formar de nuestro sistema educativo va implícito en el hecho de haber dado pie a tal comparación.

El niño desde que se levanta hasta que se acuesta está en actividad; necesita estarlo; y esta actividad le educa, con nuestro concurso o sin él. Confieso ignorar lo que es reposo en un niño despierto y sano. Tampoco sabría decir a priori qué supone más fatiga para un peque-

ño, si jugar un partido de fútbol, presenciar una película o resolver un problema de aritmética. Todo depende de la duración del partido, de la intensidad excitante de la película, y de la dificultad y atractivo del problema. Me refiero, naturalmente, al interés que haya logrado suscitar en el niño.

La labor de los pedagogos es simplemente la de encauzar, dosificar y alternar las diversas actividades del alumno en forma armónica, de modo que den una resultante beneficiosa para su desenvolvimiento físico y espiritual; y la de procurar, especialmente, que dicha actividad se desenvuelva del modo más espontáneo posible. Todos los grandes pasos realizados en Pedagogía han consistido precisamente en esto último.

Exigencias sociales pretenden señalarnos lo que debe aprender el escolar. Natural es que analicemos cuidadosamente si puede aprenderlo; pero aún es pedagógicamente más importante preguntarse si desea aprenderlo. La opinión pública todavía juzga inverosímil que pueda existir tal deseo, porque ignora la existencia de una pedagogía que consiste precisamente en saber despertarlo, en conquistar sutilmente el interés del escolar. Pesan todavía sobre la tarea pedagógica muchos estigmas, que una negra tradición ha sellado con refranes vergonzantes como el que afirma que “la letra con sangre entra”. Y es natural que se quiera, en con-

secuencia, reglamentar el esfuerzo no espontáneo, limitándolo en jornadas, como se reglamenta un contrato de trabajo.

Convertid el aprendizaje de castigo en juego, es decir, en actividad espontánea del niño y tendréis en gran parte resuelto el problema de la fatiga, aunque el tal "juego" requiera no poco esfuerzo. No se trata, pues, tanto de una limitación de horas y deberes como de hacer que estas horas y deberes sean deseados. Los problemas de horario y programa significan relativamente poco ante los fundamentales de método y modo. Las horas vividas en el Instituto o en el Colegio han de dejar recuerdo grato y deseo de volver a vivirlas. Y ello tanto para los alumnos como para los profesores, ya que juntas nacen y se estimulan la alegría de aprender y la de enseñar. Centros he conocido a cuyas puertas seguían acudiendo unos y otros du-

rante las vacaciones en busca de aquel aliento vital que en su ausencia les faltaba.

Hay que clamar, ante todo, por la mejora urgente de nuestros métodos y modos de enseñar; por una pedagogía liberadora que estimule deleitando sin que el precio del esfuerzo sea la sangre del alumno ni la del maestro. ¿Que para ello hacen falta muchos y buenos profesores? Pues, de eso se trata. ¿Qué interés demuestra el cuerpo social para formarlos y seleccionarlos? Postrado ante otros dioses ¿no contribuye acaso a ahogar vocaciones necesarias en vez de estimularlas? ¿Hemos olvidado la eterna primacía de la función magistral? Va en ello la alegría, la salud y la formación de nuestros niños. Niños hoy, hombres mañana.

† P. PUIG ADAM.

EL FICHERO DE LENGUA ESPAÑOLA COMO AYUDA MAGISTRAL

por JOSE FERNANDEZ HUERTA
Secretario del C. E. D. O. D. E. P.

Lee, si puedes, estas líneas. Te lo ruego porque el mérito está en ti y no en mí. Al leerlas me ayudas, ya que tu eres de los que al leer no sólo comprenden e interpretan sino que crean. Transformas lo que lees, lo adaptas y criticas. Ahora vas a transformar, adaptar y criticar con tal donaire que me siento satisfecho.

En verdad no siempre hemos de pedir que el lector se identifique con nosotros. Lo único que nos interesa a los que sufrimos por el hombre auténtico, como tú, es el logro de un pequeño cambio de conducta. Variamos nuestra conducta cuando se ha producido un impacto en nuestra personalidad y hemos avanzado en la ruta de la perfección.

Tú, que ahora lees, eres una persona en plenitud. Tú y tu escuela os sentís inmersos en la gran metáfora de "la corriente de la vida". La corriente de la vida que respira en el dinamismo interactivo y en la convivencia. Tú y tu escuela no os apretáis en el contorno inerte y encarcelado del estatismo formal. Ni sois fósiles ni os podeis fosilizar.

Tú y tu escuela aspiráis a los métodos eurísticos, al gran descubrimiento de la vida. Y nuestra vida es predominantemente social. Cuanto más nos entregamos a los otros, más nos fortalecemos. Cuanto más ayudamos a los demás, más nos ayudamos a nosotros mismos. Si ahora me

ayudas al leer, más te ayudas a ti mismo y al yo te auxilio, más me auxilio a mí.

El mundo contemporáneo subdivide lo mecánico para que nosotros lo completemos al poner la unidad. Subdivide de manera tan impresionante que alcanza los núcleos más elementales para detenerse en ellos. Más tarde actúa sobre estos elementos y sobre sus conexiones que se canalizarán adecuadamente.

El mundo didáctico se ha lanzado, a imagen y semejanza del mundo investigador, en pos de sus elementos. No le asusta la actividad integradora del buen maestro. Hasta el buen maestro necesita reposar en contenidos elementales porque el contacto paradigmático o modélico es demasiado desgarrador.

Estos elementos que se encuentran en la industria, en la administración, en la investigación y en la buena escuela son *las fichas*. *Las fichas* son las que van a introducir nuevos elementos dinámicos en el quehacer escolar.

Ya escucho tu pregunta: ¿Cómo un retazo estático puede introducir nuevos elementos dinámicos? Y no sé que responderte. Porque la ficha, por muy sugeridora que sea, siempre es algo que está ahí, frente a nosotros, llamándonos en su quietud. La ficha, en verdad, no es dinamismo, pero sí es un gran incentivo para nuestra dinamicidad.